

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION--RECREO.--UTILIDAD. | 15 REGALOS CADA MES.

SUMARIO.—Juguetes literarios, por don J. M. Marin.
—El poeta, por don M. J. Ruiz.—La caza del Aguil-
la, poesía, por don J. M. Marin.—El hierro, por don
Enrique Serrano.—A las Maravillas, poesía, por don
José R. Garnelo.—Revista local, por Fierabrás.—La
flor de mi esperanza, soneto, por don J. M. Bello.—
El Cisne.—Miscelánea.—Charada, por Bertoldo.

JUGUETES LITERARIOS,

POR

J. M. MARIN.

(Continuacion.)

XXXVII.

Un sueño.

Qué recuerdo!

Era ayer noche...

El relój de una iglesia empezó á dar la
hora...

Fuimos contando las campanadas.

¡Las doce!... exclamamos así que ce-
saron.

Enseguida nos acostamos. A poco soñá-
bamos.

Juzgad de nuestro sueño:

El Ángel de las Visiones rozó nuestra
alma con la punta de sus alas.

Súbitamente se encontró aislada y flo-
tando en un vacío sin límites; era la nada.

La voz del ángel resonó:

—*Vas á ver las mugeres que has amado!*
y su diestra armada de una varilla de
diamantes se tendió hácia un punto.

Poco á poco dibujóse una sombra; ésta
se condensó formando un objeto de formas
vagas y este se fijó al fin.

Ví una mujer.

Una muger blanca como una estatua
de Paros, cuya boca parecía un clavel
húmedo, y de cabellera perfumada...

Cantaba y flotaba en el vacío como un
serafín...

Empezó á desfilarse delante de nuestra
alma atónita.

Sonó la voz del Ángel:

«*Esa fué tu amor primero; por una son-
risa suya hubieras dado tu sangre toda;
mirala! esa es Amalia! la Amalia que es-
cupió en tu pasión y se enlazó con un li-
bertino estúpido por un puñado de oro...!*»

Nuestra alma sintió un dolor horrible.

Amalia se alejó hasta desaparecer, li-
gera como una nube, y cantando siem-
pre...

Estendió de nuevo el Ángel su diestra
armada con la deslumbradora varilla.

Otra mujer apareció.

Jóven, morena, pequeña, esbelta, de
ojos africanos, de trémulo seno y talle de
avispa.

Comenzó á alejarse sonriendo de un
modo provocativo y ejecutando un baile
lánguido, muriente...

Vibró la voz del Ángel:

«*Esa muger fué tu segundo amor: esa
muger calcinó tu alma haciéndote víctima
de un juego maldito de deseo y repulsion.*

¡*Tú cubriste el regazo de esa muger por
espacio de dos primaveras, con una lluvia
de nardos y jazmines, en cada uno de los
cuales habías depositado una lágrima de
desesperacion y de amor!*

¡*Y esa muger no fué tuya!*

¡*Y tú cediste abrumado, roto el corazón!*
Y despues de tí fueron otras vírgenes al-

mas, otras inteligencias entusiastas á sufrir por ella y á los piés de ella, lo mismo que tú habías sufrido, lo mismo que tú habías llorado!...

Y ella les mintió; las embriagó, las abrazó y se burló al fin de todos como había hecho contigo!

Miralal

¿Quieres saber el secreto de su conducta para contigo, para con todos...?

Pues escucha:

Julia, la que tú creías pura, la que tú llamabas en tus delirios de adolescente «la virgen y la hermosa,» era la esposa prometida de un viejo decrepito y repugnante, de un opulento indiano que le había ofrecido dejar consignado en su testamento el precio de su himeneo!

Por eso ella se entretenía jugando con corazones, mientras esperaba el rico legado!

Nuestro espíritu sentía las torturas del Averno.

Al concluir el Angel su fatal revelación, Julia había desaparecido.

Tendióse en seguida la fúlgida vara.

Surgió otra mujer!

Una cabellera negra, profusa, pesada, riza, rodeaba su rostro; su tez tenía la palidez de los amores, y sus ojos eran como los que brillan detrás de rejas de oro en los harems de la India.

Habló el Angel:

Nos sentimos morir!

Despertamos.

Nuestros ojos estaban secos, áridos: teníamos necesidad de no sentirlos así...

Hicimos un esfuerzo.... y conseguimos.... arrojar una careajada.

Una careajada singular.

Nosotros mismos no la oímos.

Axioma:

—Si quieres ser feliz, cree y adora.—

XXXVIII.

¡Salud!

Sentís en vuestra frente arder la llama de la inteligencia creadora....

Bien! bravo! magnífico!

¡A pensar, pues! á crear!

Estudiais, gastais los años mas hermosos de la vida entre archivos y bibliotecas; las noches mas celestes y aromadas á la luz de una solitaria bujía devorando Tratados y Cronicones: sabeis; abris las puertas de vuestra mente á la mágica y potente inspiracion; producís al fin... ¡albricias!

Ya habeis creado!

El público contemporáneo, primer juez, como si dijéramos el juez de primera instancia, va á fallar: ¡qué fortuna!

Os aplaude: estais aprobado!

Luego viene la posteridad, ese tribunal supremo de justicia para el Génio.

Si ratifica la sentencia, ¡oh, alegría de las alegrías! conseguisteis la gloria!

La gloria, eh? ahí no es nada.

¿Quereis que os diga qué es la gloria?

Pues oid lo que és, visto por el lado de la verdad:

—Un libro, puesto en un estante, cuyo título se sabe, y á cuyo autor sobre todo (si no existe ya) suelen nombrar por incidente, al dar un paseito, dos hombres gordos al hacer la digestion:

¡Salud á la gloria!!

(Se continuará.)

EL POETA.

Nada tan distante de nuestro ánimo como el bosquejar física y moralmente á este ser privilegiado, pero tan mal comprendido.

Solo pretendemos exhibirlo á la pública curiosidad en una de las múltiples fases bajo que se presenta, mejor dicho, en uno de los mas amargos trances de su vida.

Para muchos la palabra poeta es sinónimo de loco. Quizá sea esto una galantería... mal comprendida por los interesados, es decir, los poetas, ó el efecto de un arranque de envidia por no saber hacer los que tal dicen las locuras que hacen los hijos de Apolo.

Pero no nos salgamos de la cuestion, como ciertos oradores.

Cuerdo ó loco, el poeta, ó el aspirante á serlo, tiene ratos amarguísimos, y estos son aquellos en que, quiera ó no quiera, esté ó no *inspirado*, porque la inspiracion es intermitente como ciertas calenturas, ha de escribir ó improvisar algo á un objeto dado ó á tal ó cual persona.

Mas fácil es encontrar la cuadratura del círculo ó resolver el problema del movimiento continuo, que el que un poeta que asiste á una tertulia de mas ó menos *tono*, deje de verse asediado por todos los contertulios, especialmente por los que pertenecen al género femenino, á fin de que improvise *cualquier cosa*.

Si el poeta se niega á complacerles, lo menos que dicen es que no sabe hacer ni siquiera romances de ciego.

Si accede á las peticiones, tras de una cuarteta, décima, octava ó soneto le obligarán á improvisar cien cuartetas, décimas, octavas ó sonetos; y ya está fresco.

Si en su improvisacion echa flores á la hija del dueño de la casa, el novio de ésta le pedirá *satisfacciones* al dia siguiente. Si no se las echa le motejarán de poco galante y le recibirán mal en lo sucesivo en aquella casa.

Si por galantería ó por piedad adula en una estrofa á una jamona allí presente, al punto suponen todos que la hace la corte por atrapar la herencia que la dejó su *papá*, intendente que fué en Filipinas.

Si improvisa con cierta libertad le motejan de libertino; si lo hace con prudente recato, le califican de mogigato.

El infeliz nunca acierta, y se vé expuesto, por consiguiente, á las iras de los unos y á las burlas de los otros.

—Luisito, diga V. algo de mi faldero, exclama la dueña de la casa.

Y el poeta, invocando á la musa perruna, para él desconocida, dice con la mayor candidez:

A Lindoro acariciando
estás con sumo descuido,
sin mirar que en tu vestido

las pulgas te está dejando.

—Mi Lindoro no tiene pulgas, Luisito, dice la señora amostazada. Lo peino quince veces al dia.

—Dispense usted... yo creía...

—Eso no ha sido nada, exclama el esposo de la ofendida señora. Improvise usted algo á propósito de mi espada de soldado.

Y el poeta, un si es no es mohino, prorrumpe de este modo:

En el campo de batalla
fué tu espada un terremoto:
miente quien diga que fué
la carabina de Ambrosio.

—Eso lo dice V. irónicamente.

—No tal, se lo aseguro bajo la fé de caballero...

Y se arma tal tremolina, que la tertulia concluye poco menos que como el rosario de la Aurora.

Este es uno de los muchos percances á que está espuesto el poeta, y que iremos dando á conocer á nuestros lectores.

M. J. Ruiz.

LA CAZA DEL ÁGUILA.

(ESCENA DE LOS ALPES.)

I.

Por la falda del alto Monte-Rosa,
La ballesta á la espalda suspendida,
Un jóven cazador, en noche hermosa,
Camina con su jóven prometida.

Hermosos son los dos! de vida pura
Disfrutan á la par la primavera:
Gentil es del mancebo la apostura,
Y rubia, como el sol, su compañera!

Él, hijo de los Alpes, es osado
Como las cumbres de su pátrio suelo,
Y es su amante de seno nacarado
Hija de las montañas... ó del cielol

Adelantan en paz, bajo la noche,
Delirando de amor y de esperanza,
Sin mas testigos que el salvaje broche
De flor que aromas por su senda lanza.

V. lada fuente de sonoros hilos
Hallan al paso que la luna argenta;
A su márgen, dichosos y tranquilos,
Ella descansa, el cazador ali nta.

—¡Hernan!—la bella ruborosa exclama:
Cuando á cazar te vayas, entre abrojos,
Lleva este lazo, prenda de mi llama,
Azul, como las tiutas de mis ojos!

Dáme tu toca que ceñirla quiero
 Con estas cintas que bordé en mis horas...
 ¡Quién en ellas pusiera, cual lucero,
 Régia perla de chispas radiadoras!

—«¡Guillermina! mi amor! ah! yo te juro,
 Prorumpo Herman, doblando la rodilla,
 Que mañana podrás un don mas puro
 Que una perla ceñir á mi toquilla!

Un diamante, ¡pardiez! ¿qué es mas que tierra?
 ¡Yo robaré mi adorno á ser valiente
 Que, rey del infinito, no se aterra
 De subir hasta Dios Omnipotente!

A los gamos y corzos corredores,
 Cuando saltando van, de roca en roca,
 Los detienen mis dardos voladores
 Veloces mas que su carrera loca!

Si en vano salvacion á estas montañas
 Demandan ellos, cuando mi ira sácio,
 Tambien en vano el águila á mis sañas
 La buscará, por Dios, en el espacio!

Callóse el cazador afortunado;
 La niña murmuró vagos temores,
 Y tras pico de yedra coronado
 Ocultaron, marchando, sus amores.

II.

¡Quién es aquel demente ó temerario
 Colgado de la cima por do sube
 Con empeño espantoso, funerario,
 Y que avanza mas alto que una nube?

Herman el cazador! la audaz criatura
 Que rey de la region en donde está
 A la soberbia reina de la altura
 Con heróico desden á retar vá.

Y trepa por la roca descarnada,
 Alegre, juvenil y vigoroso,
 La mano en la ballesta preparada,
 El corazon latiendo generoso!

Por fin, llega á la cima! Salve, bravo!
 ¡Tiene por pedestal montaña inmensa,
 Por trofeo, á sus piés, un mundo esclavo,
 Arriba el cielo, y en su amada piensa!

El Águila no está; mas él no ignora
 Que es noble su contraria en demasia
 Para escusar la lid, que aterradora
 Será si toca á la escondida cria...!

Aterradora, sí; los combatientes
 Tienen, el uno corazon de fiera,
 Y el otro, cual lo tienen descendientes
 De Tell el inmortal, prez de su Era.

Registra Herman hasta que encuentra el nido;
 Inquieta al aguilucho que dormita;
 Le arranca de furor largo chillido,
 Y el arma monta, que esperar le irri'a!

Los dardos todos que la aljaba tiene
 Derrama por el suelo y á su alcance:
 Para servirse pronto los previene....
 De matar ó morir solo es el lance!

Los ojos clava en la profunda esfera
 Do nada, á su despecho, se divisa,
 Y aun en esperanza muy ligera
 El triunfa torna, sola su sonrisa.

Está el abismo azul limpido, puro,

Sin un celage en su anchuroso velo...

¡De repente, aparece un punto oscuro,
 Atomo negro en la mitad del cielo!

Exhala el cazador un ronco grito
 Señal de su placer y de su audacia,
 Y nombra á Dios, sin miedo, mas contrito,
 Pues sabe que en la lucha no habrá gracia!

Toma formas el punto y se asemeja
 A paloma torcaz de traje pardo...
 ¡Y es Águila caudal que el cielo deja
 Y leguas baja sin hallar retardo!

Ya se acerca; se acerca! ¡cuál se agranda!!
 Ya se distingue de su raza el sello...

¡Forman sus alas poderosa banda,
 Y eriza de coraje el pecho y cuello!

¡Qué hermosa, vive Dios! Inmóvil, fija,
 Suspendido su vuelo portentoso,
 Queda un momento de los aires hija,
 Mirando al turbador de su reposo!

Lánzase, como el rayo, al imprudente;
 Mas otro rayo de la tierra brota...!

Herman dispara ya! veloz, valiente,
 Dibuja, con sus dardos, la derrota!

Se clavan los agudos pasadores
 En su agitado pecho hasta el pulmon,
 Y al sacudir sus alas con dolores
 El ambiente conmueve cual turbion!

Se tira como piedra desplomada:
 Húyele Hernan, y el ave ante su hijuelo,

Se posa con el ala desplegada
 Regando en sangre valerosa el suelo;

De fuego el ojo, el acerado pico
 Abierto en vago, con rabioso encono,
 Es á sus furias el espacio chico,
 Muriendo, si, mas reina y en su trono!

Bien hace el cazador que no se llega,
 Que si su fuerte garra le alcanzára,
 Como horrible huracan la flor doblega
 Ella ante si tambien le destrozará!

Herman lo sabe; oculto en hondonada
 Y dispuesto á escapar si ella arremete
 No deja su ballesta descansada:
 Las flechas que la pasan son ya siete.

Al cabo la magnífica señora
 De las aves, las cumbres y los vientos
 Espira, y aun está amenazadora
 Al hacer sus postreros movimientos!

¡Honor al montañés! su pié sereno
 Caer de la muerta pieza sobre el ala
 Y quita, por su voto, como bueno,
 Rica pluma que espera su zagala.

La coloca en su cinto, dó un cuchillo
 De agudísima punta y pomo de oro
 Está pronto á perder su limpio brillo
 Con sangre del que osara á su tesoro.

Y baja por las peñas entonando
 Dulce balada de su patria hermosa,
 A los picos y nieblas regalando
 Los ecos de su trova cadenciosa.

III.

Aquella noche al pié del Monte-Rosa,
 Gallarda pluma de Águila vencida

A la toca de Herman, en curva airosa,
La bella deja con amor prendida.

Divina, en su rubor, despues exclama:

—«Si combatiste allí entre los abrojos,
Amante premio te dará mi llama...
Decirlo no podré: léelo en mis ojos!»

Y entre las sombras resonó en la sierra
Doble beso de son desfalleciente,
Primer alhago de amorosa guerra,
Que la noche veló muda y prudente.

J. M. Marin.

EL HIERRO.

Pensando sobre esta palabra, estudiando este metal, he visto su historia unida á la de la humanidad, he visto á sus aplicaciones marcar la prosperidad ó la ruina, la civilizaci6n ó la crueldad de un pueblo.

Desde el momento en que las naciones pueden llevar el nombre de tales, desde el momento en que sus hechos se presentan de una manera clara y pertenecen al dominio de la historia, vemos ya aparecer á este poderoso agente y podemos observar sus numerosas, variadas y hasta contrarias aplicaciones.

La Biblia le cita, el Imperio romano funda sobre él su dominio y Cincinato su gloria. Los gentiles le deifican elevando templos á Vulcano. La sociedad moderna es inconcebible sin su existencia; ¡tal es el incremento que han tomado sus aplicaciones!

Metal privilegiado cual ninguno, materia sin rival en importancia, viene unida, mas ó menos directamente su aplicaci6n á todos los temores, á todas las alegrías, á todas las lágrimas, á toda la sangre, á todas las esperanzas de la humanidad.

Lo mismo constituye la espada, símbolo de la mayor plaga que azota á nuestra especie, como forma los instrumentos de las admirables, honrosas y pacíficas conquistas del trabajo.

¡Cuánto luto se ha esparcido con él ¡cuánta sangre se ha vertido! ¡cuánto ha aliviado la suerte del hombre, librándole, con sus aplicaciones, de infinidad de tra-

bajos superiores á sus fuerzas, nocivos á su salud!

Lo mismo encontramos al hierro en la gloria industrial de nuestro tiempo, representada por un generador de vapor, que en los instrumentos de la muerte jurídica, ignominioso baldon de que debía lavarse á toda prisa nuestro siglo.

La humanidad comete un crimen degradando de esta manera tan noble agente; el hombre cubre con la infamia por medio de estos hechos, las mas elevadas, las mas interesantes aplicaciones que se han hecho nunca de materia alguna.

Para que nuestra época pueda preciarse de ilustrada, para que podamos creernos en la cumbre de la civilizaci6n, es preciso que no se construyan mas cadenas que las de los buques, mas instrumentos que los de la industria, mas ruedas de tortura que las de los engranajes y volantes de las máquinas de vapor. Hablar de filosofía, proclamar los derechos de la humanidad y poseer al mismo tiempo fusiles *chassepot* y cañones rayados, es una contradicci6n de que se deben reír en el fondo de sus tumbas todas las generaciones pasadas que no han poseido la décima parte de medios de destrucci6n y no han blasonado tanto de filantropía.

Enrique Serrano.

Á LAS MARAVILLAS.

Huyó la molesta sombra
que os tuvo quizás insomnes,
ansiendo gozar el día
despues de llorar la noche.

Mostró su esplendor el cielo,
cambió su color el monte,
y el lago esparció sus nieblas,
y el aura tembló de goce.

Vuestros vírgenes capullos
abristeis al aire entonces
y esponjaron vuestro seno
deleitosas ilusiones.

Blanca frescura os dió el alba
escarchando vuestro broche
con las perlas nacaradas
que formó de sus vapores.

Y os cercaron con su arrullo
de mansas ondulaciones,

al miraros tan hermosas,
los céfiros amadores.

De placer estremecidas
por tan dulces emociones
llegásteis á ser dichosas
quizá por que fuisteis flores.

Pero tambien vuestra dicha
voló al momento veloce,
porque tambien vaporosa
se parece á la del hombre.

Oh! que las dichas son auras
que avaro el espacio absorbe
para elevarlas al cielo
donde eterno las esconde!!!

José R. Garnelo.

REVISTA LOCAL.

Debemos comenzar esta revista con algun ruido.

En los últimos dias ha habido truenos arriba, es decir, en el cielo, y truenos abajo, esto es, en la tierra.

Los de arriba tienen su explicacion en las leyes físicas por que se rige la máquina armoniosa del universo.

Los de abajo tienen su raiz en causas puramente transitorias y mas aparentes que reales.

Nos explicaremos.

El trueno, y trueno gordo, segun *La Crónica*, ha sido el dado por la compañía dramática que actuaba en el teatro Principal, la cual se ha disuelto, como la sal en el agua, antes de terminar la serie de representaciones de su compromiso.

Esto no nos sorprende, porque tratándose del teatro de Córdoba estamos muy acostumbrados á desenlaces de ese género.

Lo sucedido es muy natural: lo anómalo hubiera sido que la compañía formada por la señora Urrutia no hubiese tronado en Córdoba.

Fatalidad es, pero fatalidad que convierte el teatro cordobés en una especie de fatídica sombra de Macbeth que aterrorizará en lo sucesivo no ya á los grandes artistas, sino aun á las mas modestas medianías.

Salvemos, en parte, á las empresas de

tener toda la culpa en tan frecuentes cataclismos.

¿Se puede sostener en Córdoba una gran compañía lírica ó dramática compuesta de notabilidades artísticas?

Dadas las condiciones de nuestros dos coliseos, es de todo punto imposible.

¿Podiera sostenerse una compañía formada con *acceptables medianías*?

Indudablemente, siempre que las *clases* que por su posición están mas en el deber de interesarse por el arte y por los artistas, concurren á sostener, por amor al buen nombre de Córdoba, el teatro de esta capital.

¿Sucede así? Ciertamente que no.

Se declama á todas horas:

—El teatro Principal es pequeño, es mezquino...

Y nadie toma la iniciativa para la construcción de un gran coliseo.

—No se puede concurrir al teatro porque los cómicos que nos traen son de la legua.

Y todos se están en sus casas en vez de asistir al teatro para estimular á las empresas á traer buenos actores.

—¿Quién vá al teatro con precios tan escesivos? Las empresas se figuran que vivimos en California.

Y los precios de entrada y localidades sufren una fabulosa rebaja, y el teatro continúa vacío.

Tal es nuestra índole, y estas son las causas mas *aparentes* que reales, de nuestros truenos teatrales.

No hacemos la defensa de nadie: hablamos la verdad, siempre amarga, pero verdad al fin.

Dadnos un escenario ante el cual podamos colocar unas cuantas mesas y sobre éstas escanciar en empañadas copas algo parecido á licor, mientras nos envolvemos, como Moisés entre las llamas del Sinaí, entre el negro humo de alguna infernal *tagarnina*, y entonces la cuestion ya será otra, aun á trueque de que contribuyamos á la prostitucion del arte y de los artistas.

Pero Euterpe y Talía .. á secas, es eminentemente prosáico y de mal gusto. La poesía está... en el remojo.

Será una *debilidad*... pero hay que pasar por las horcas caudinas del ridículo para no marchar contra la corriente del siglo.

Y luego, generalizando la cuestión, se dirá:

—El teatro languidece! Se ha perdido la semilla de los grandes artistas! La *musa* dramática se ha esterilizado!

¡Nosotros, haciendo desmayar al génio, hemos matado el teatro!

Esta es la verdad.

Otra variación sobre el mismo tema.

Ayer ha debido inaugurar sus tareas ARTÍSTICAS, según dicen, en el teatro Principal la compañía de *bufos*.

Talía se ha agitado, como si hubiese sentido la picadura de una víbora; pero Momo ha sacudido sus cascabeles.

Aquella ha *bufado*; pero de este *bufido* se han alegrado los *bufos*.

Estamos, pues, bajo el imperio de las *bufonadas*.

¡Reir!

Tal es la consigna.

¡Reir, aun cuando lllore el sentido común!

¡Reir, aun cuando exhale gemidos la moral pública!

Antiguamente la plaza pública y el circo eran el verdadero terreno de los *bufos*.

Hoy la civilización les ha abierto los teatros.

Esto se lo decimos á ustedes al oído, no sea que al oírlo se estremezcan en sus tumbas Lope de Vega y Calderón de la Barca.

La festividad del *Córpus* se ha celebrado con la solemnidad que es posible en poblaciones como Córdoba.

Por la tarde debió verificarse la corrida de toreros dispuesta por el *Círculo ecuestre y tauromáquico*; pero unas cuan-

tas gotas de agua desprendidas de las nubes, burlaron los deseos de los *aficionados*, que tuvieron que desalojar el circo, *ellas* mohinas y *ellos* cabizbajos.

Lo sentimos únicamente por *ellas*. ¿Cómo ser indiferentes á los *pesares* de la hermosa mitad del género humano?

Pero á bien que ayer se habrán desquitado de este contratiempo, concurriendo á la taurina fiesta suspendida el jueves.

Pongamos punto final en este artículo, ya demasiado extenso, á fin de no abusar de la bondadosa deferencia que el director de EL TESORO otorga á vuestro humilde servidor,

Fierabrás.

LA FLOR DE MI ESPERANZA.

SONETO.

Una flor bella en el ameno prado
entre mil elegi, por mas galana,
y al verla erguirse sobre el tallo ufana
mi mas fervido anhelo vi colmado.

Mil y mil veces aspiré extasiado
de su cáliz la esencia soberana,
y otras mil á la aveja vi liviana
la miel libar del pétalo dorado.

Mas ábrego cruel, con saña impura,
agostó sin piedad la flor querida
en que cifré mi gloria y mi ventura.

Desde entonces mi pecho paz no alcanza
y hasta aborrezco la penosa vida,
porque murió la flor de mi esperanza.

J. M. Ballo.

Puerto de Sta. Maria.

EL CISNE.

Difícil es fijar la época en que este ave fué reducida á la domesticidad, pues se remonta, según los documentos á que pudiéramos referirnos, á los tiempos mas antiguos. Sin embargo, aun no han sido reducidos á la esclavitud todos los individuos de la especie, y se la encuentra silvestre y en bandadas numerosas hácia las regiones del Norte. En el estado de libertad la hembra cria entre los carrizales, y pone de cinco á siete huevos oblongos y de un color blanco verdoso. Los pollue-

los, cuando nacen, son de color ceniza, y hasta cumplido el año sus plumas no adquieren la hermosa blancura que tanto distingue á este ave.

En domesticidad cria bien, cuando tiene anchura, pues aun no ha renunciado completamente á sus derechos perdidos; no obstante, á tal punto llega la influencia de la sociedad, que el cisne cria á la vista de todo el mundo. Este ave aun se la considera como de adorno, y, sin embargo, su corpulencia nos proporciona abundante carne, no muy fina; y sobre todo el plumon de su piel curtida y preparada sirve para adornos de abrigo de bastante valor, y otros servicios de tocado. El precio que tienen estas aves, á los dos años, suele ser el de 320 á 400 reales par, y el de sus huevos 24 reales uno.

El primer cisne negro de la Nueva-Holanda que se vió en Europa fué el que en tiempo de la emperatriz Josefina se llevó á la Malmaison, pasando despues mas de treinta años sin que volviese á haberlos en nuestro continente. Antes, ensalzando una cosa blanca, se decía: *tiene la blancura del cisne*; y despues del singular descubrimiento ornitológico hecho en la tierra de Van-Diemen, ya no podemos usar de tal calificativo sin añadir una esplicacion aclaratoria, porque si nos refiriésemos al cisne de la Nueva-Holanda equivaldría á compararlo con la blancura del carbon. En efecto, todo el plumage de este ave es negro parduzco, con las guías de las alas blancas como la nieve, y el pico rojo como el carmin.

Si gracioso es el cisne blanco cuando presuntuoso nada á todo remo, no lo es menos el negro, cuyas rizadas álas llaman la atención al ahuecarlas el ave para tomar aire y ayudarse en la natacion, haciéndolas servir de velas. Todos los cisnes son un gracioso adorno en los grandes estanques, que tienen tambien su utilidad. El negro ya se ha reproducido varias veces en Europa, y en la actualidad en el parque de la Casa de Campo.

MISCELÁNEA.

Nuestro querido amigo don Dámaso Delgado Lopez, uno de los poetas premiados en los *Juegos florales* últimamente celebrados en esta capital, ha sido nombrado académico de la de Bellas letras de Sevilla. Reciba el señor Delgado Lopez nuestra mas cordial enhorabuena por tan merecida y honrosa distincion.

*
* *

Háblase en algunos círculos de la creacion de una *Tertulia literaria*, con el plausible objeto de estrechar á euantos en esta capital se muestran aficionados á cultivar las Bellas letras. Es indudable que la realizacion de este pensamiento, que acogemos benévolamente, no podría menos de estimular útil y provechosamente á los muchos y estudiosos jóvenes que en esta capital tienen grande aficion á la literatura.

*
* *

Solucion á la charada inserta en el número anterior:

NAPELO.

*
* *

CHARADA

Quando las niñas se visten
de tercera con primera,
tejen con prima y con cuarta,
siempre de crugiente seda,
de sus sedosos cabellos
las bien ordenadas trenzas,
con el objeto importante
de aparecer aun mas bellas.
La segunda con la prima
en las boticas se encuentra
y se prescribe su uso
en no muy graves dolencias.
De que te apliquen mi *todo*
Dios, lector, librate quiera,
como al infeliz esclavo
se lo aplican en América.

Berteido.

Editor responsable, D. ABELARDO DIAZ.

CÓRDOBA:—1868.

Imprenta de Miguel José Ruiz,

Peseadores, 17.